

POEMAS DE

**LUIS
CARDOZA
Y ARAGÓN**

POEMAS DE

**LUIS
CARDOZA
Y ARAGÓN**

Colección
**COLORES
PRIMARIOS**

COLECCIÓN
COLORES PRIMARIOS

ASOCIACIÓN ESCRITORES DE MÉXICO A.C.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Jocelyn Pantoja

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Karlos Atl
Fernando Corona
César Cortés
Obed González
Manuel de J. Jiménez
Roberto Luviano
Yaxkin Melchy Ramos

Selección
Yaxkin Melchy Ramos

COLECCIÓN COLORES PRIMARIOS

Con la colección de poesía iberoamericana **Colores Primarios** la Asociación de Escritores de México A.C. archiva por tercer año el **Programa de Apoyo al lector**. Dicho programa tiene como objetivos principales fomentar el libre acceso a la lectura y promover la escritura.

PRIMERA EDICIÓN: octubre 2015

© D.R. Tipografía Nacional

© D.R. Asociación de Escritores de México A.C.

Calle 24 y Cerrada La Pirámide S/N colonia San Pedro de los
Pinos Delegación Benito Juárez C.P. 03800 en México Distrito
Federal.

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural y
sus libros son de distribución gratuita. Está prohibida su venta o
el lucro que se pudiera generar con la misma.

El libro *Poemas de Luis Cardoza y Aragón*
de la colección Colores Primarios es un proyecto realizado
gracias al apoyo del Gobierno del Distrito Federal
mediante su Secretaría de Cultura por un convenio de
colaboración firmado durante el 2015 con la Asociación de Escritores
de México A.C.

Impreso y hecho en México

SERVICIOS EDITORIALES

Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales

CUIDADO DE EDICIÓN: Jorge Varela Jiménez

DIAGRAMACIÓN: Mariana Castro

ILUSTRACIONES: Obed González

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. (Antigua Guatemala 1904–México D.F. 1992). Poeta, ensayista y crítico de arte. Algunos de sus libros son *Luna Park* (1923), *Maelstrom* (1929), *La torre de Babel* (1930), *Catálogo de pinturas* (1934), *El sonámbulo* (1937), *Mexican Art Today* (1943), *Apolo y Coatlicue, ensayos mexicanos de espina y flor* (1944), *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* (1949), *Pintura mexicana contemporánea* (1953), *Guatemala, Las líneas de su mano* (1955), *Orozco* (1959), *El río: novelas de caballería* (1986), *Miguel Ángel Asturias, casi novela* (1991), *Lázaro* (póstumo).

En palabras de Heriberto Yépez: “Epicéntrico, Cardoza rebasa todo mapa. He aquí su clave: su obra pertenece a un siglo secreto. Ese siglo sigiloso, por cierto, aún no termina. Cuenta con infinitas décadas”.

El mexicano suele ser ajeno a los contrastes violentos, al abandono de sus potencias; su gusto prefiere los tonos severos, oscuros, graves. Su sencillez admira las formas sobrias, delicadas y desnudas. Ama la cerrada trabazón de las ideas. Detalla y escoge. Su voz es íntima aun en las creaciones monumentales. Poesía de cámara, de voz geoméricamente serena. Sobrevive en cualquier tumulto y se distingue entre cualquier opulencia. Su pasión se diría dominada como sin esfuerzo. El silencio –un silencio tenso– es imagen de su expresión. México surge y camina sobre el filo en que se funden Oriente y Occidente. Un loto de una parte, un teorema de la otra.

*LA POESÍA ES LA ÚNICA PRUEBA CONCRETA
DE LA EXISTENCIA DEL HOMBRE*

LÁZARO [FRAGMENTO]

La Vía Láctea era el río de luciérnagas de los aztecas
Tal ese río de alas y de luces quiero seguir viviendo
No en la memoria de nadie

No en el deseo sino en la pasión
Que todo lo arrolla hasta quedarse sola
Como huracán suicida, como mar hidrofóbica.

Sino en este cuerpo mío seguir viviendo
Sino en los seres vivos y en las cosas reales
Sino en mi cuerpo que es la existencia misma
En el absoluto de mi delirio de lirio
Soy el júbilo avanzo como un gran aguacero
Olvidado de todo

Menos de mis labios eléctricos
Cual aspas jubilosas por tus mármoles
De mis desnudos pies que aman besar la tierra desnuda
De mis brazos nostálgicos eternos de cinturas
Sólo un niño soy de excesivos años.

Ya estoy en el Espacio sin Tiempo
Ya estoy en el Tiempo sin Espacio

En el júbilo de este valle de lágrimas
Por la lujuria de la muerte ungido
Esa sutil minucia

Que acaba con el Tiempo
y el inepto halago de su astucia
Quiere abolir la Primavera
Romper la copa prístina del día
Pero yo con el sol estoy clamando
Contra la sombra necia y bramadora
La pegajosa sombra que declina
Su mentira tenaz sobre la limpia estrella
De ser la vida entera
Cuando se muere el muerto
Hasta llegar al arrebato
Que torpemente Eternidad nombramos
Que es menos que la sombra de la sombra
Del nombre que le damos
Donde no hay relojes que imaginen
Rumiar el tiempo y barajar la nada

Donde los dioses sufren aún de ser inmortales
Donde estuve muerto y advertía
Que no existía vida
A eso se debía mi alegría
Madre tan maternal como solícita
Bella de la Noche y Bella del Día
Misterio alguno con tu alba desvelas
Sabia maestra de la Sabiduría
¿Anhelo el martirio de lo eterno

 Anhelo ese castigo

 Sabiendo que la Eternidad a nada sabe

Sabiendo que lo eterno es pústula de horror
Donde cesó el goce de las metamorfosis
Donde no hay sueño y todo es realidad
Donde no hay azar ni hay amor?

Yo no quiero ser bíblico

Yo quiero mis sandalias viejas, quiero

 Mi cayado apagado, mis ovejas

Sólo quiero mis parques goces simples

Santa simplicidad

 Mi felicidad a dos

 Mi anonimato

Luna de avena y aceituna

Mis dátiles mi sed mis cicatrices

Los duraznos y el vino

 Y mi gato y el mito.

Yo no quiero la lívida añagaza del germano

Cansado estaba del descanso eterno

Quiero que me devuelvan mi esqueleto

 Mi carne quiero con sus furias

 Mis espigas

 Mi mierda

 Mis lujurias

 Mis enigmas

 Mis Santas Escrituras

 Mis bodas con las cosas

Yo quiero mi conciencia individual

Quiero ser yo y no perder en otros

 Mis estrellas ni mi dolor de muelas

 Las mismas aguas vivas de la vida

 Ser pastor de mis risas de manzana

 De mis nubes dormidas como témpanos ápteros

 Una mujer me sueña así ya existo

 Soy el más alto porque amo la vida

Que exprimo en mis lagares
Harto de metafísicas sabemos
Bien que nada sabemos
 Entre tanto amemos
Pastora mía mi alma
Feliz como un ciempiés con alas en los pies
Un día más ansía cada día mi vida.

[...]

Ah, es dulce, dulce la vida.

Una sonrisa del cielo es el día
En el jade de los olivos.
La uva encinta de la ternura
Del sol asunta ya en ambrosía púrpura.

Ah, es dulce, dulce la vida.

María es bella como una espiga fiel.
Es bella Marta como mi cítara de miel.

Rubia es la una como sol y lluvia
Bruna es la otra como sueño y luna.

Marta y María son el mediodía.

Como la eternidad, la luz fue fina y ciega.
Soplaba brisa fresca y como ellas tierna.

Ah, qué par de gacelas
Prolongando en sus hombros las colinas.



Qué maravilla verlas.
Son la sonrisa de la luz del día.

La tarde llega.
Hay una estrella: duda
Trastabillando
En ocaso morado.

Lya,
Hartura de ventura hay con tu rostro.
El cielo está en tus labios.
Linda, la vida.

UNA MANDARINA DE LUIS GARCÍA GUERRERO

Pintar una mandarina: restituirle su absoluto.

Mínuciosamente adentrándose en su materia dormida hasta más allá del desvelo de las raíces, el pintor la descifra en su espejo sin fatiga, en donde las cosas se desnudan ensimismándose: ha creado, nomás, una vibrante, breve, rugosa, llama trémula y la ha izada inagotablemente en su imperio sin límites.

Para hundirme en las mil y una noches de las pulsiones que la esculpieron, en la luz primera que la recobra exacta, contemplo –redimido árbol poeta– su condición universal de joya estallada en todas las fases del interminable poliedro.

Preñada de sueño, con más ternura que la luz mental que la revela en su pasión estricta y sin medida, su forma solar cantar en su inmensa pequeñez desaforada que danzando la acendra extática.

Toda hecha de vocales, la pasión del hechicero la erige delicadamente en la cúspide del ser.

El material primero, intocable, desbordando todas mis palabras, es un himno detenido en una suerte de apogeo propio.

En su sistema planetario, más ella que ella misma, su gravitación rige a la realidad que acude excedida de presencia en su colmo.

No ha sustituido al modelo imposible: su alucinante imagen está en el árbol de la vida, incendiada de vehemencia que tributa en su concreta forma sin dudas.

Escucho su fervor entrañado. Sus borborígnos áureos de pequeño vientre que me digiere y enclaustra hasta que ardo enaltecido en su fuego redondo y mínimo. En su incauto paraíso de planeta manual.

Es un copo de eternidad.

ARTE POÉTICA [FRAGMENTO]

¡Hola!

Un niño anciano
un cosmonauta asirio
que no ha roído el tiempo.

Te evidencias

salta
un áureo teorema de tu nada
revelado por ágil dicha enfática.

Abre los ojos

ciérralos
aplasta el sol con sus ditirambos.

Con mi sollozo oscuro

con mi sollozo claro
te cierro con un cielo
comprobar yo quiero
tu ser definitivo

insurrecto
en mí

incandescente
como un cenit extremo
ebrio de enjambres ebrios
esculpido

en mi frente

celosa

de arderse por entero.

Muda tremante

tú

late tu ascua

¡silencio!

háblame

¡gárrula solar!

PEQUEÑA SINFONÍA DEL NUEVO MUNDO [FRAGMENTO]

Me hallé en la compacta tiniebla. Una tiniebla que nacía en mí, compacta y balsámica. No sentía desazón alguna ni zozobra. Mis ojos, muy lentamente, fueron acostumbrándose y dentro de la oscuridad asomaron los perfiles de mi nuevo paisaje, de mi nueva naturaleza. Asistía a la creación de un mundo.

Mi cuerpo fue devorado. Sólo mi cráneo blanqueaba ya en el Tzompantle, al lado del cráneo de la doncella que habité. Juntos experimentamos la infinita dulzura de la descomposición. Juntos sentimos con qué dulzura y clemencia la podredumbre nos tornaba en ceniza. Se desgranaron nuestros dientes. Fue todo como una hoguera que principia lenta y agiganta el incendio. Luego mengua, poco a poco, hasta enfriarse en el mineral. Mi carne había conocido tal éxtasis en el amor: ¡un segundo! Ahora duraba eternidades. Un amor sin fatiga, terriblemente dulce, terriblemente inmóvil y obstinado. Muy pronto mi aclimatación fue perfecta: imagino que entonces empecé a percibir el reverso de la medalla. Y me sentí jocundo y hermoso como el fuego.

Había pasado la tarde mientras escribía estas notas en la casa en que vivo hace ya varios años. La lámpara bañaba la mesa de trabajo. Cuando me sentí fatigado, cuando sentí que ya no podría recordar más, apagué la lámpara y la habitación quedo sumergida en oscuridad cerrada.

Me puse de pie y caminé a ciegas, como muchas veces lo había hecho, con la seguridad mecánica de quien se sabe de memoria el tamaño de su estancia, la posición exacta de los muebles. Buscaba la puerta de salida y di los cinco pasos necesarios para alcanzarla. Caminé no sé cuanto tiempo y, repentinamente, al advertir que habían cedido el muro y el piso, mis brazos se estiraron con angustia de pesadilla. Y lancé un alarido.

Seguí caminando en mi salón sin muros, posiblemente hasta el amanecer. Nada podría afirmar aparte de que para distraer mi zozobra recorrí estos dominios con la pasión de los anónimos escultores primitivos que tallaron a Xochipilli y a Coatlicue.

A veces dudo si eran otras y no éstas las páginas que *entonces* escribí. Ahora me encuentro al *otro lado*. Sé que es el *otro lado*, pero no sé cuál de ellos.

¿Lo sabré alguna vez?

Y heme aquí, de nuevo, torpe y nostálgico, con mi invisible, rota, insobornable espada de arcángel.

Nada es más difícil que tener la certeza de estar vivo o de estar muerto.

[...]

En los meandros del viento, en sus esponjas de metal impalpable se formaron las espumas que engendran los cantos de las aves. En las noches insignes, astros nuevos y lunas lavadas. Los corales fueron más rojos, más líricas las anémonas y más transparentes las medusas. Invisibles flotaron las medusas en el aire del mediodía, olvidándose de los bosques submarinos palpitantes de relámpagos. Los peces voladores no sabían distinguir la onda de agua disuelta en la luz de la onda de la luz disuelta en el agua.

Ni la orquídea, tan hermana de los peces voladores, entre la onda de la tierra y el aire, a punto de volar, arrepentida, no sabía distinguir el fondo del mar del fondo del aire, del fondo de la tierra; ella sabía de los raudales subterráneos que ascienden a las ramas para ver el sol. Las raíces aun a esos raudales, aun al centro de los ojos de los ciegos flotando en un río de musgo y de ceniza, hasta las venillas de plata y malaquita, llevándoles muchachas bañándose, las nubes y los cantos de los pájaros. Sólo por tal correspondencia se explicaba el temperamento de la orquídea, su obediencia segura y cierta. De la entraña de los gruesos troncos sabía lo que deseaban los primeros círculos leñosos, ondas que formaron los años al hacer sobre sus savias. Y recibían noticias directas del espacio por sus pétalos abiertos en el viento, que engañan a los peces voladores y a las aves.

Dante presidía la Primavera mejor que las doce del día, que los pájaros que cardan las nubes con sus cantos; mejor que las bañistas de las playas, jubilantes sin saber por qué, dóciles como la orquídea, sin memoria del invierno reciente, ahora sin edad, en la prehistoria de la sombra. Inimaginable que los pasajes desolados del invierno fuesen auténticos, que no hubiesen sido un sueño. Y más imposible todavía que pudiesen volver alguna vez. Primavera rasgada hasta el otoño: el día, el muslo, la rosa ¡tan abril en noviembre!

Las mariposas viven sólo unos días de la Primavera; ellas parecían pensar el resto del mundo. Sus breves vidas, porciones de espacio inflamado que se acelera junto al fuego. Ni los niños ni la orquídea ni los peces voladores logran distinguirlos de las estrellas fugaces. Son para siempre la memoria de lo que fueron. La memoria del fuego es un bosque de mariposas.

[...]

DIBUJOS DE CIEGO [FRAGMENTO]

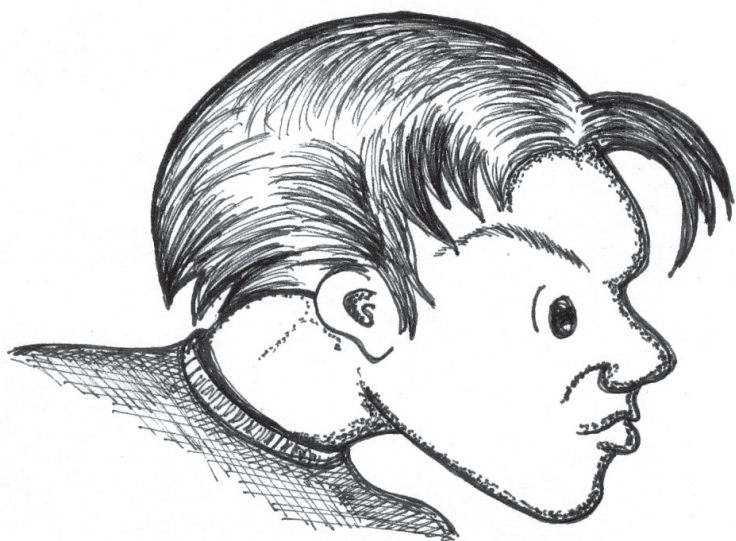
A Lya

I

Lo que escribes es como hablar dormido: quieres rescatar algo de tu infancia irrescatable. No hacer memorias sino iluminas pulsiones que nunca se han desprendido cabalmente de ti. Rememorar su silabario para intuir el porqué de la adhesión fiel a tales efervescencias. Te conformaron, en el primer cuarto de siglo, en una pequeña ciudad levítica del trópico, con sus cicatrices, sus espuelas y sus bridas de humo. Son súbitos encuentros y reencuentros con cierto orden de fulgores, minúsculas catástrofes espasmódicas, cortejos de máscaras y emociones reales e imaginarios: al volver a los años profundos lo que se halla es imprevisto.

Para nada piensas en circunscritas peripecias infantiles sino en el temblor lejano de los inciertos horizontes primordiales del ser. Para nada buscas las huellas de tus equivocaciones. Sin psicologías, sin personajes: darle cuerpo a la realidad de los estados nacies. No quieres historias ni sirves para contarlas. Recusas una intriga elaborada con moral, utilidad, conclusión, desarrollo y desenlace de acuerdo con el tiempo. Tampoco pretendes confesiones, ensayos o ejercicios de estilo. Sino velámenes de existencia y de imaginación y abandonar las presas por su sombra. Los detalles son la estructura misma: cavidades y relieves que al modularlas producen un coro ondulante y fluido en sus mejores fiestas, para ceñir las mareas que carecen de perfiles de evidencia formal, aproximables sólo con nupcias no figurativas de palabras.

Con tus registros sismográficos tocas en tu vida la mía, el resplandor de la vulgar anécdota semejante, y persigues los desastres oscuros, las corrientes subterráneas, los poliperos de tus nubes. Paseos con los fantasmas del niño de la sombra y ramos de luz negra. Huida de esa Atlántida por exigencia recón-



quita. Importa lo sobreentendido; no lo que aseveras. Roturas sueños vírgenes. No inquietas la infancia, isla de sueño, para comprenderte: ella tiene entre los dedos una figura de hilos tirantes que tomas con los tuyos y surge otra figura. Y te la vuelve a tomar tu recuerdo cifrado, es decir, tu fantasía, porque tiempo infinito separa al niño del adulto y ya de nada te acuerdas. Materiales de probable itinerario circular que se inventa el lector inventado, personaje real de alguien ficticio que escribe. La acción suele ser un poco necia en la escritura. No indagamos el sentido de la vida ni quieres darle alguno. Te has olvidado de todo al despertar. No es sueño el sueño que recuerdas. Se asientan, sin embargo, residuos que lees como los de la taza de café. No buscas expresarte sin sugerir, desmadejarte en el secreto fluir de tu ser. Además, recelas de las pesquisas de la memoria pungente de vigencias, en las cuales la anécdota pueril es la imagen fija de la linterna mágica. En la ilusa evocación los juncos tiemblan con disuelto rumor y establecen informes movimientos entrelazados. El eco de los movimientos lo recoges en tu caracola, sin pretender modelarlos. Viscoso rumor de juncos sumergidos casi inmóviles, de ondas que apenas tañen la piel del agua. Eres u ciego dibujando que se ha olvidado de todo despertar. Niño soñando ante la noche pavonada que disuelve la lluvia. Paracaidista en tierra incógnita ¿de qué llenaste tus jorobas para la travesía?

La infancia te está resoñando; y no tú a la infancia, soñada por la infancia de todos, siempre única. No la inventas ni la recuerdas ni la sueñas. Crees que la exhumas; ella te exhuma y autopsia sobre sus rodillas vagabundas. Cuando se evoca y se invoca se piensa en el tiempo que falta por vivir y se imagina lo vivido. Te asomas a tu prehistoria, y tu rostro no es tu rostro. ¿Quién es aquel niño? ¿Quién es? Ya no puedes cambiar tu muerte ni tu vida. La memoria díscola, tumbos de la noche en tus sienes, proyecta su sombra sobre el futuro, en donde vas queriendo identificar a tus hijos, como si fueras el padre de tus abuelos. Como si fueras tu bisnieto. Le eres ya tan extraño como ella te es extraña. A piedra y nube, te vive nuevamente, bajándote cielo, como los pájaros a los árboles. Diálogo de sordomudos cuyos ininteligibles sistemas de señales se crearon en universos distintos. Algunos fósiles, sin que los convoques, barajan edades, alcanzan el vuelo de la cripta de familia al porvenir. Algo raigal los liga

aparte de su invalidez, el hormiguero de resonancias, esa suerte de prenatales memorias de ultratumba, en que la noche, la niña o la flor son dueñas de tensión cargada de espera.

Mundo inventor de mitos, ordinario y terrestre, exento de demagogia sentimental y de lo deliberadamente fantástico.

A la deriva en un verde país de pequeños hombres de lava oscura, más oscura contra aquel verde de variadas voces, sol rechinante y espeso y dulce cielo de rabia azul metálica. Un pueblo pedernal y una tierra demasiado tristes, demasiado transidos de congoja y de color, sobre los cuales se unta la serpiente emplumada. En el universo verde, luminoso y cerúleo, el dios recién venido de la otra orilla se aclimata zahumado de copal y tiempo suspenso en apariencia: bajo rescoldo de centurias codicia el ascua de la hoguera. Este fuego nunca extinto se animaba con el clamor que encendía tu casi adolescencia, inaudible para los demás, como los glifos de las estelas. Aquel pueblo, verde piedra muda, aquella noche hermética que al día siguiente se desborda en fanfarrias solares, pendían de tu cuello, a veces como primoroso pectoral, otras como juramento que te obligaba a rescatar la lumbre que hacíate manotear la sombra. Porque esa vida remota y naufragada era tu vida y te afirmaba perdiéndote en su laberinto sin que lo supieras, oscura y ciertamente. Tu niñez, la vida del otro, hundida en ti, en tu largo sueño de tu larga noche de tu largo verano. Hundida y enconada, semejante a los pies de los dioses en los códices. Siente que ese alud te sepulta como el puñetazo del sol al ciego de nación que recobra los ojos. Y, deslumbrado de tiempo, quisieras, niño nocturno, niño anciano, descargar de esa carga, descifrar esa anudada serpiente de piedra y abrir tus ojos más allá de la noche redonda de la obsidiana. De pronto, encontraste algo de lo que ocurría en el teatro total y fetal de Chichicastenango. Viste sus puertas que se abrían y cerraban. Y el nudo ciego era el mismo cuando deshacías lo andado, igual al que creías descifrar en tu laberinto de lava. Derribaste los ídolos, saliste del teatro fetal y desembocaste en lo único que tenía alguna significación: reducir tu pavor. En la tela en que perpetúas nuevas imágenes. Vaticinando evoca tu memoria mítica. No realizabas la realidad en el sueño. Soñabas la realidad.

Lo imaginario –eso que acontece en alguna parte–, y lo real nunca se dan la espalda en la niñez recurrente, henchida de coherencia y metafísica, en que las cosas son más perentorias, inmediatas y concretas: guardan más brillo, más relieve y densidad. Una visión no sólo más potente, sino más virgen y como más acústica. Todo está escrito con tinta simpática que revelan los sentidos. Tu modelo no se halla atrás de ti, sino delante de ti. Visión que desearías libre de lo trivial y artificioso que la acechan al redimirla por ser común: palabra plena y exacta se requiere para transmitir las estructuras de la sensibilidad que no pueden darse con discurso lógico, la sustancia de los asombros, de las catástrofes microscópicas de inmensas repercusiones, de la comunicación con las cosas efímeras inmóviles en su eternidad: instantes preñados de gérmenes y ondas infatigables, por la voz sublimadora y fosforescente del recuerdo. Detalles insignificantes de la infancia que desnudan el rostro, tumultos de actos humildísimos que marcan la vida, con gratitud aparente, te asaltan con la asunción de penas y furias que íntegros los portan.

No crees que la imaginación alguna vez haya inventado algo. El espejismo de crear es recordar ahincadamente lo venidero. Pesca milagrosa en las manchas de la humedad en el muro. Estás en ella, en su noche más hermosa que nunca. En su tiempo andrógino soliloquiando como cosmonauta, atrás de los objetos y las sensaciones, para rescatar, por fin, tu propio cadáver inseparable, minuciosamente soluble, en más vasta infinitud. La mente en blanco, como la página en blanco: entras en su laberinto, playas en las cuales revientan olas del mar loco. La marea te acuna, revuelca y desconcierta, hasta que tu mínimo cadáver flota mar adentro.

ÍNDICE

Lázaro	13
Una mandarina de Luis García Guerrero	19
Arte poética	20
Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo	22
Dibujos de ciego	25

5 
ANIVERSARIO
1965-2015

Se terminó de imprimir en octubre de 2015 en los talleres de
Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales S.C.
Av. Universidad 1815 C. 205
Oxtopulco, Coyoacán.